

EL MONJE: HOMBRE DE PAZ Y PACIFICADOR

“Busca la Paz y corre tras ella”

Por su vida, su muerte y su Resurrección, nuestro Señor Jesucristo restableció la paz entre Dios y los hombres, librándonos de nuestros pecados. La conversión predicada por el Señor Jesús hace posible que el cristiano comprometido goce de la paz en sí mismo en cuanto se convierte a Cristo. Así, se ve que la paz es un regalo del Padre a los hombres por Cristo. En las relaciones entre los individuos y entre los grupos –por grandes que sean– se disfruta de esta paz.

En el Antiguo Testamento Dios fue llamado ‘Señor de la Paz’, y Pablo llama a Cristo ‘nuestra Paz’. El monje hace simultáneamente su compromiso con Dios y con la paz. Rechaza toda forma de violencia. Busca la paz y corre tras ella dentro del claustro, en la asamblea de los llamados por el Espíritu Santo a semejante búsqueda. Es el Espíritu de Paz lo que rige el monasterio. El estilo de vida en el monasterio es una educación en la paz. Allí se aprende y se vive más profundamente la mutua comprensión y respeto. Así el ambiente del monasterio convierte el corazón del novicio y tiene un influjo notable en todos los que tienen contactos con el monasterio. Aparte del valor espiritual de la vida y de la oración de nuestros monasterios, creo que hay un apostolado importante en la misma existencia del convento. Quiero reflexionar un poquito sobre el papel de la comunidad y del religioso frente a las múltiples amenazas contra la paz querida por Dios.

El monje sigue la llamada de Cristo, Príncipe de la Paz. A Él debe su lealtad. Esta lealtad no es algo estático, sino una expresión del proceso de nuestra conversión, y recibe su fecundidad del Espíritu Santo. Pero todos tenemos sentimientos de nacionalismo que luchan contra nuestros deberes pacíficos. El nacimiento y la educación, las raíces de nuestro ser social, producen prejuicios que tenemos que reconocer si queremos ser verdaderamente hombres de paz. Solamente así podremos reconocer las injusticias que amenazan la paz. El orgullo nacional parece a veces más peligroso que el orgullo de los individuos, mientras que la humildad y la paciencia son virtudes imprescindibles para el alcance de la paz, sea entre personas o entre grupos. Todos necesitamos una visión bastante amplia para desempeñar nuestra tarea pacificadora. Un monje, fundador en Chile, tuvo esa visión: para él cambiar de nacionalidad no tenía sentido sino para ser ‘ciudadano del mundo’.

Un rechazo cada vez más fuerte de todo tipo de violencia se sigue al compromiso del monje con el Espíritu Santo, compromiso señalado en el voto de conversión. De aquí nace el ambiente de paz del monasterio tan provechoso al recogimiento. Todos los que quieren construir una paz más justa y más estable deberían ver en los monasterios un ejemplo vivo de paz auténtica, al mismo tiempo que recibir de ellos la comprensión y el soporte necesarios para llevar a término su misión de paz. La orden monástica tiene un lugar privilegiado entre las instituciones promotoras de paz. Hay contactos de todo tipo entre nuestros monasterios. Resultan de reuniones de abades y encuentros monásticos, de conferencias y estudios, de viajes y de la hospitalidad. Hay también colaboración literaria y circulación de revistas que contribuyen a cierta unidad –no uniformidad– de pensamiento. Las amistades y el entendimiento resultantes deben estar al servicio de la Iglesia y de la paz.

Merecen especial consideración dos ejemplos. En primer lugar, se ha sugerido que en momentos de tensión o peligro de guerra entre dos países se haga un intercambio de monjes entre los monasterios de aquellos países. Así se muestra que los monjes rechazan la guerra para

solucionar conflictos y eligen el diálogo. La otra posibilidad es el testimonio de monjes que han estado en el país “en conflicto” y que transmitan el testimonio de vida cristiana, la hospitalidad recibida, y la bondad que experimentaron en los contactos con la gente de dicho país. Aunque sean solamente gestos que parecen tener poco valor, valen para dar ánimo a todos los que quieren la paz. Valen también para el crecimiento de un ambiente de entendimiento y respeto mutuo.

Hay momentos en que la gente quiere oír tan sólo lo que hace hincapié en su pequeño nacionalismo. Nosotros, en cambio, tenemos que insistir en la paz a tiempo y a destiempo. Nuestra oración, predicación, enseñanza no tienen más fuerza –ni menos– que la que procede del testimonio de nuestras vidas comunitarias. El monje que está establecido en la paz, dentro de sí mismo está ya listo para promover la paz, ya sea dentro o fuera del monasterio. Si nuestros esfuerzos tuvieran éxito, abundarían los laicos que promoverían la paz mediante intervenciones en la prensa, radio y televisión, manifestaciones, contactos con diputados o ministros, y creando sociedades permanentes. Por eso nuestros contactos de este tipo, al ser muy poco frecuentes, tienen gran importancia como momentos privilegiados en la educación para la paz.

Los que predicán la paz no tienen, ciertamente, mucha popularidad. Pero hay grupos que nos dan ánimo en nuestra lucha cotidiana. Como dice Monseñor Jorge Hourton, Obispo Auxiliar de Santiago de Chile: “El que se convierte a la causa de los Derechos Humanos, se convierte a una causa que une en lugar de llamar al combate; se convierte a la relativización de todas las enemistades y de las oposiciones y a la búsqueda del servicio de lo que trasciende las facciones y reencuentra más profundamente la humanidad común; y en el camino de los Derechos Humanos encuentra, por eso, como ingredientes, la justicia social, la no violencia y, más allá, la democracia. En el camino de la conversión a los Derechos Humanos, además de comprobar que no todos los creyentes se convierten, descubrimos otra cosa: que se convierten muchos que no son creyentes cristianos”⁵¹. Otros grupos trabajan contra las diversas formas de la violencia en el mundo moderno. Buscan un término al tráfico de armamentos, promueven el desarme nuclear, proponen un arreglo más justo en el comercio internacional. Estos grupos van creciendo en importancia. Sus integrantes son gente muy sincera y muy comprometida. Por eso están preparados para recibir una salvación mucho más amplia que la sola liberación del miedo de la bomba atómica. Faltan solamente contactos con cristianos bien formados y el don de la fe. Hay hoy, entonces, un papel importante para los cristianos con conocimiento de las Escrituras y de la teología de la paz. Que se junten con estos grupos para buscar juntos un entendimiento más profundo de los problemas enmarañados. Así alcanzarán una presentación más convincente de su punto de vista.

Los múltiples lazos y amistades entre miembros de nuestras comunidades hacen sumamente dolorosos los momentos de conflicto entre naciones. Indudablemente, estos sufrimientos caen bajo la providencia de Dios y valen en su plan para la salvación del mundo. No es lícito proclamarse inocente. No hay inocentes. Contribuimos todos a los sufrimientos del mundo y a sus injusticias. Tampoco corresponde acusar a otros. Una nación no es más grande si se violan los Derechos Humanos en otro país, sino que más bien ese hecho disminuye la dignidad de todos. Tampoco ayuda a los hambrientos la nación que vive en el egoísmo del derroche, sino que más bien hace a toda la humanidad menos compasiva. Todos tenemos que arrepentimos. No son válidas las comparaciones delante de Cristo, Rey de la Paz, nuestro Juez. Lo único que vale es la conversión progresiva a El, posibilitada por la gracia del Espíritu Santo. Y que el Señor bendiga a su pueblo con la paz por las oraciones de María Santísima, Reina de la Paz.

*Abadía de Nuestra Señora de Quarr
Inglaterra*

⁵¹ Homilía en Misa de Aniversario de la Carta de Santiago, 25 de noviembre de 1982. Texto en “Iglesia de Santiago”, N° 144, 1.12.82, p. 3 y 4.